

Hay que sudar

Una voz femenina, acompañada con música de Vivaldi, susurra melosamente que te fumigues el sobaco con desodorante de hondo sabor a pino, que te espolvorees los bajos con talco, que te curtes el mentón después del afeitado con violentas friegas de espolvoreo, que te sujetes los riñones con un ancho cinturón de cuero, que cubras el ombligo con el escudo de una hebilla plateada, que seas verdaderamente hombre con un «slip» color violeta; y tú te fumigas el sobaco, te espolvoreas, te curtes el mentón, te vistas reglamentariamente según el anu-

cio de la voz femenina con música de Vivaldi y luego, a la caída de la tarde, te vas a un Morrison hecho un brazo de mar y no te comes una rosca. Aunque completes tu figura con ese bigote de Porfirio Díaz.

El macho, según modelo de grandes almacenes o revistas ilustradas, huele delicadamente, pero no ataca. Y uno en su modestia cree que esta sociedad en desarrollo está evaporando los valores eternos, las esencias seculares del país, entre ellas el sudor. El reclamo del sudor a sobaquillo del macho ibérico hacía maravillas en el pasado: una camiseta imperio, unos calzoncillos largos, una dentadura potente y cariada a salvo de hexaclorofe-

no, un matojo de pelo en pecho y el cabello con brillantina goteando el pescuezo pasado a maquinilla de barbero con guardapolvo: con este uniforme, el macho ibérico desde los tiempos de los Reyes Católicos ha cubierto a las hembras de la patria con el suficiente énfasis como para tener bien abastecido todos los reemplazos de quintas. Y aún le sobran fuerzas para trabajar, al margen de los papeles del Concordato, la pernada, el crimen pasional previo navajazo al contrario, el consuelo de viudas, el adulterio saltando ventanas, los revolcones de pajar y las embestidas a mozas garridas contra las tapias del cementerio municipal.

Ahora comienza uno a fumigarse el so-

baco, a espolvorearse los bajos con talco para rozaduras y de ahí se deriva lo demás: que nos quedamos sin mozos para abastecer las fábricas de Alemania, que las coladas tendidas en patio de vejeidad con bragas varoniles tienen que ser oreadas con música de Vivaldi y no con una canción de la Piquer a cargo del servicio mientras goteaban los calzoncillos del amo, que los pilares de la patria comienzan a oler a rexona, que nos quedamos sin frailes andariegos con sudor a pies y que a este paso la brava Infantería va a exigir cepillos de dientes con pasta clofrolada. Y así sucesivamente.

VICENT



SANNERS





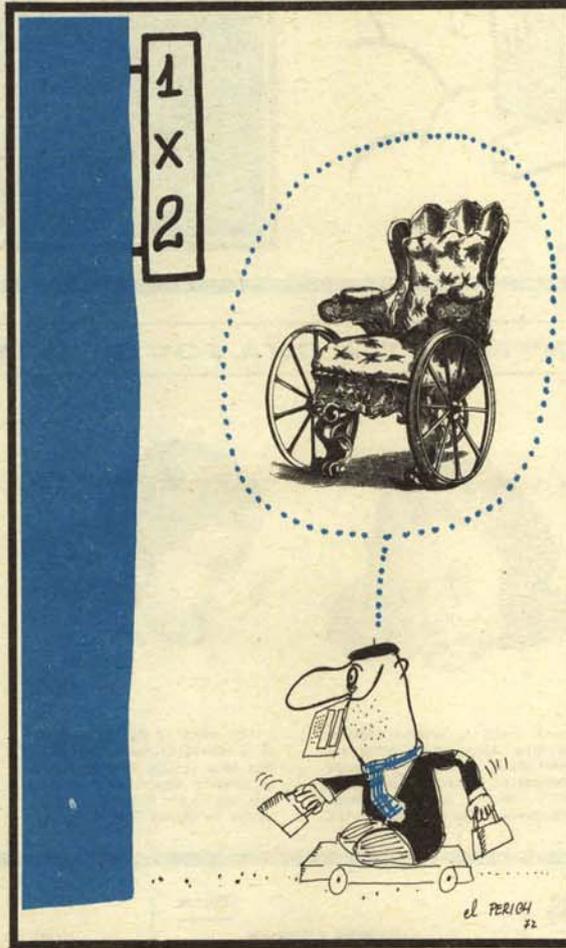
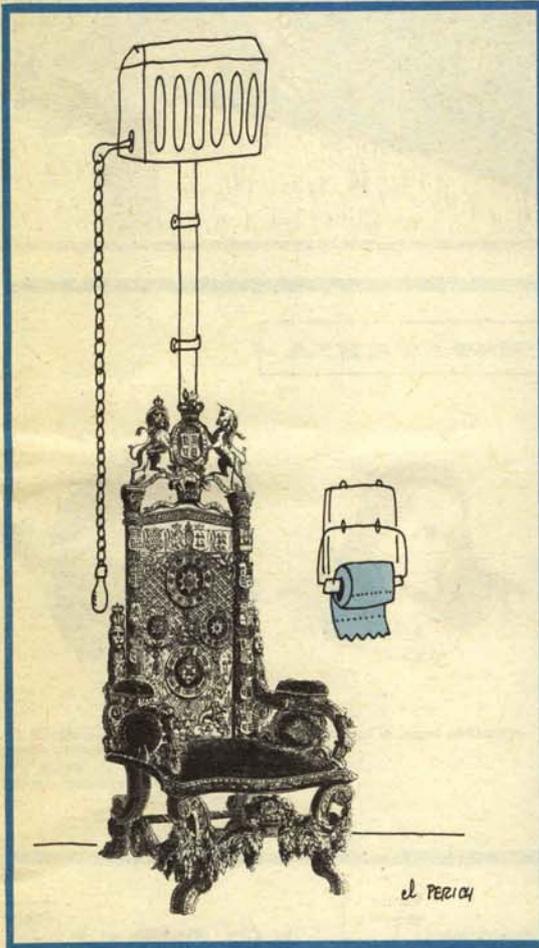
SIENTE UN ROJO A SU MESA

Aunque los norteamericanos siguen matando vietnamitas y los niños de Indochina sólo juegan media hora al día mientras los rubios aviadores se toman el «sandwich», la Navidad se está acercando sin que nadie la pare, precedida por una avalancha de turrón televisivo. Las familias de orden van a comenzar muy pronto el acopio del material que el capitalismo produce para este caso en su negociado «Pacem in terris, S. A.»: escarcha de plata, mazapán, abetos procedentes del esquilero forestal, canutillos de nata, barbas de Noel, capones rellenos de cereza, bolas de colorines, zambombas de azúcar y turrón como Dios manda, es decir, sin ciclamato y con almen-

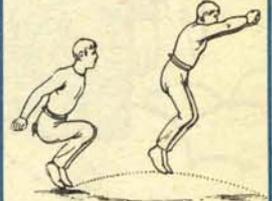
dra alicantina. Al menos así lo pone el Pentateuco.

Pero, naturalmente, una Navidad programada por la caja idiota del televisor es una fiesta para horteras bajo la inundación general de champán de San Sadurní de Noya. Antes estaba de moda entre las pocas familias que manejan los recursos del país sentar un pobre a la mesa para descuartizar juntos un besugo mientras allá en Belén nacía un Niño. Pobres había muchos y los entendidos coleccionaban piezas sensacionales. Esa moda ha pasado porque se van refinando los gustos. Ahora, para compartir el besugo o la escudella, la alta sociedad busca piezas más escogidas. Hay una gran demanda de rojos. Como se sabe, todo Occidente está bajo

un oscuro nublado de derechas y con el levantamiento de la veda se ha abierto un escopeteo de tal calibre que los sociólogos afirman que a este paso rojos, progresistas y barbudos son una especie a desaparecer de estos parajes en pocos años. Siente un rojo a su mesa en Navidad. Eso sería una prueba de elegancia social, una forma de deslumbrar a los amigos. Por otra parte, los rojos no son como los pobres de antes: saben manejar la cucharilla de plata y hasta descorchar la cerveza en el animalito ese del morro del Jaguar. Si usted es un hombre de derechas y tiene dinero de veras, siente a un rojo a su mesa en estas Navidades. Es lo último que se va a llevar en materia de superación de clases en plan orgánico.



CURSO ACELERADO PARA SALTAR EL BARRO EN LOS SUBURBIOS DE LAS CIUDADES MODERNAS

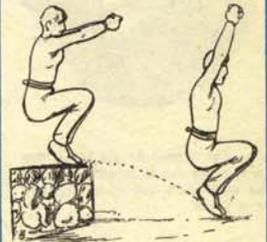


Ejercicios a realizar:

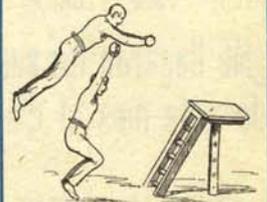
1. Salto matutino vigoroso para cruzar la acera de la calle cuando va usted a la oficina.



2. Vuelta a casa por la tarde.



3. Salto desde el balcón cuando la puerta de la casa esté obstruida por el barro.



4. Salto con ayuda de vecino.



5. Salto, menos peligroso, sobre el barro endurecido en los meses de estío.

STOY AQUI

EN REALIDAD BUSCO...

